

Universidad Rafael Landívar
Vicerrectoría Académica
Facultad de Humanidades

**DOSSIER DE LECTURAS
PARA ESTUDIANTES DEL CURSO**

**INTRODUCCIÓN A LOS
PROBLEMAS DEL SER HUMANO
(IPSH)
Interciclo 2006**

Guatemala, C.A.

Unidad 1: La felicidad y el sentido de la vida I

1. *La noción del sentido y la importancia de plantearse objetivos que den sentido a la existencia*
2. *Sentido y felicidad*
 - *Necesidad de dar sentido a la vida* (Alfonso López Quintás)
 - *La felicidad como proyecto* (Enrique Rojas)

Necesidad de Dar Sentido a la Vida

Alfonso López Quintás.

El gran psicólogo vienés Viktor Frankl se vio, de joven, sometido al horror del campo de concentración de Auschwitz. En su bellísimo libro: *EL hombre en busca de sentido* nos cuenta que la única forma de levantar el ánimo a los que estaban desesperados era ayudarles a descubrir que la vida todavía tenía sentido y valía la pena seguir viviendo. "No le preguntéis a la vida –solía decirles– qué tienes que darme, sino a quién puedo servir". Los que preguntaban lo segundo sacaron fuerzas de flaqueza y sobrevivieron. Los que sólo esperaban algo gratificante del exterior perdieron pronto la esperanza y sucumbieron rápidamente. Frankl sacó de esa terrible prueba la conclusión de que nada hay más importante en la vida que llenarla de sentido.

Más tarde, en el apogeo de su carrera, realizó en Estados Unidos una encuesta sobre la felicidad en un grupo de jóvenes triunfadores. Contra lo que era de esperar, todos manifestaron que se sentían muy infelices porque su vida "carecía de sentido", se hallaba interiormente vacía. Frankl llegó a la convicción de que, en la actualidad, la causa de tantos desarreglos psíquicos como atormentan a las gentes no radica en la represión sexual, como afirmaba Freud, ni en la falta de poder, como pretendía Adler –dos psiquiatras igualmente vieneses–, sino en la falta de sentido. Nos urge saber con precisión cómo debe ser nuestra vida para que tenga sentido y, por tanto, equilibrio, buen ánimo y felicidad.

En un programa de televisión de gran audiencia apareció un joven de 17 años, con la cara velada y manifestó lo siguiente: "Hasta hace poco yo era totalmente feliz: adoraba a mi madre, quería a mi novia, disfrutaba con mi carrera; pero me aficioné

al juego de azar y me convertí en un enfermo del juego, un ludópata. Ahora ni mi madre, ni mi novia ni mi carrera me interesan nada; sólo me interesa una cosa: seguir jugando. Y lo que me da más rabia es que todo esto lo hice libremente, y ahora me veo convertido en un esclavo"

¿Tuvo sentido para este joven entregarse a la fascinación del juego de azar?. Obviamente no, porque ahora se halla absolutamente desilusionado, desmotivado, desvalido. Es lástima grande que ningún educador le haya advertido a tiempo que la libertad para entregarse a un tipo de vértigo –como es el juego de azar– no es una auténtica libertad –la libertad creativa– porque no crea nada, sino que destruye. No se orienta uno en la vida cuando se deja llevar por cualquier tipo de vértigo, que al principio no exige nada, promete todo y lo quita todo al final. Piénsese en el vértigo del juego de azar, del poder, del dominio, del alcohol, de las drogas, del sexo desgajado del verdadero amor, del amor que va unido a la decisión de crear una nueva forma de unidad.

1. Tener sentido es estar bien orientado.

El gran escritor Miguel de Unamuno confiesa en su *Diario Intimo* que es un enfermo del egoísmo y añade: "Ya no volveré a gozar de alegría, lo preveo. Me queda la tristeza por lote mientras viva". Unamuno fue un triunfador. Logró cuanto podía desear: ser catedrático e incluso rector de la universidad, escritor celebrado, conferenciante aclamado en todos los foros, y, para colmo de dicha, padre de una familia acogedora. ¿Por qué se vio alejado de la felicidad?. El mismo sugiere la respuesta al subrayar el nexo entre la tristeza y el egoísmo. El egoísmo nos cierra en nosotros mismos y nos impide crear formas auténticas de encuentro, que son las que nos permiten desarrollarnos como personas. Según la biología actual más cualificada, los seres humanos somos "seres de encuentro": vivimos como personas, nos desarrollamos y perfeccionamos como tales creando diversas formas de encuentro. Al percatarnos de que estamos bloqueados por nuestra falta de apertura generosa a los

demás y no nos orientamos hacia la plenitud personal, sentimos tristeza, incluso angustia y amargura. Esa orientación equivocada implica una falta radical de sentido. No olvidemos: **Tener sentido equivale a estar orientado.**

Veamos si estaban bien orientados los dos protagonistas de la película de Bernardo Bertolucci: *El último tango en París*. El protagonista masculino (H), en su madurez de los 40 años, convive en un departamento con una jovencita de 18 (M). Esta, un buen día, echa de menos una relación interpersonal entre ellos, e inicia el siguiente diálogo:

M. No sé cómo te llamas.

H. ¡No tengo nombre!

M. ¿Quieres saber el mío?

H. ¡No, no! ¡No me lo digas! No quiero saber tu nombre. Tú no tienes nombre ni yo tampoco. No hay nombres. Aquí no tenemos nombre.

M. ¡Estás loco!.

H. Es posible que lo esté, pero no quiero saber nada de ti. No quiero saber donde vives ni de donde eres. No quiero saber absolutamente nada de nada. ¿Has comprendido?

M. ¡Me asustas!

H. ¡Nada! Tú y yo nos encontramos aquí, sin saber nada de lo que nos ocurra fuera ¿de acuerdo?.

M. Pero, ¿por qué?

H. Porque aquí no hace falta saber nombres. No es necesario. ¿No lo comprendes?. Venimos a olvidar. A olvidar todas las cosas, absolutamente todas. Olvidaremos a las personas, lo que sabemos, todo lo que hemos hecho. Vamos a olvidar donde vivimos, a olvidar todo.

M. Yo no podré ¿tú sí?

H. No lo sé ¿tienes miedo?

M. No.

¿Por qué le parece a la joven que su compañero está loco? ¿Qué observa él en ella para preguntarle "si tiene miedo"? Cuando

una conducta es ordenada y se halla centrada y se orienta hacia una meta noble —que nos eleva a lo mejor de nosotros mismos—, no provoca miedo, no se muestra extraña o anormal. Lo que desborda sentido suscita confianza, estima, afán de colaboración y encuentro; produce, por tanto, felicidad. De este diálogo dramático se desprende que estos jóvenes viven con absoluta libertad de trabas, sin ninguna inhibición, abiertos a cuanto pueda darles un sorbo de satisfacción sensible y psicológica, pero no sienten ni una pizca de felicidad, porque no se encuentran verdaderamente y se ven faltos de sentido.

En la película de I. Bergman, *El silencio*, una joven le dice a su hermana que está encantada porque tiene relaciones íntimas con un extranjero, y, al no saber su lengua ni él la suya, no pueden comunicarse. ¿Podría alegrarse esta jovencita si supiera que el lenguaje es el vehículo de la creatividad, y tener relaciones corpóreas íntimas y no poder comunicarse implica rebajar la vida personal a un nivel infracreativo?

Los instintos humanos no tienen capacidad creativa, responden a un impulso y dan lugar a un proceso de trayectoria prefijada: comienzo, desarrollo y fin. Este proceso no crea una relación de amistad; se reduce a un mero desahogo. ¿Tiene sentido alegrarse de vivir de forma tan desajustada al propio ser, tan ajena a sus mejores anhelos?.

2. Nuestro ser está llamado a la comunicación y al encuentro.

La experiencia nos muestra que el sentido abarca más que el significado. Para captar el significado de una acción basta analizar ésta en sí misma. Su sentido sólo se nos revela cuando contemplamos tal acción en una trama de acciones interconexas. Tienes hambre y ves un cestillo de apetitosas manzanas en una frutería. Para ti tiene un gran significado tomar una de ellas y comértela. Te apetece, te gusta y te sacia. Este gesto de tomar la manzana y comerla significa mucho para ti en este momento. Pero ¿tiene sentido?. La manzana que te apetece comer no es

2

abstracta, se halla en un contexto concreto: pertenece al frutero y no puedes apropiártela sin concertarlo con él. Concertar algo implica entrar en una red de relaciones y ajustarse a sus exigencias. El sentido sólo se nos alumbra cuando tomamos cierta distancia y contemplamos una acción o una realidad en su contexto. El sentido presenta una condición racional.

Veo un trozo de pan en la mesa familiar, y tiendo a considerarlo como un simple alimento, una realidad que he adquirido y de la que puedo disponer como un objeto de nutrirme. Este es, ciertamente, su significado más a mano. Pero, si quiero descubrir su sentido pleno debo recordar que el pan se elabora a base de frutos de la tierra, por ejemplo el trigo y éste germina y madura en el campo como fruto de una confluencia múltiple de elementos: el campesino que recibe de sus mayores una s semillas las deposita en la madre tierra, y espera confiado a que venga la lluvia y el sol dore la mies... El trigo y, derivadamente el pan son fruto de una confluencia de mil y una realidades. Por eso sirve para simbolizar la unidad que media entre una persona que invita a otra a comer en su casa, y parte, reparte y comparte con ella el pan de la amistad. Algo semejante podemos decir del vino y de un racimo de uvas. El que sólo ve en el vino y el pan un medio para saciar la sed y el hambre no altera su significado básico, pero mengua la amplitud de su sentido.

Ahora podemos comprender mejor cuándo y cómo surge el sentido de nuestra vida y cada una de sus acciones. Según la investigación científica actual, lo que más necesita un bebé es ser acogido por sus familiares de tal modo que entre ellos se forme una "urdimbre afectiva" (J. Rof Carballo), una trama de afecto y de tutela. Ello mueve a biólogos y pediatras a recomendar vivamente a las madres que, a ser posible, amamanten ellas a sus hijos, porque amamantar no implica sólo dar alimento sino también acoger. El bebé tiende a asirse a los senos maternos no por miedo a caerse, sino para sentirse acogido. Por eso debemos procurar que el cuidado de los niños esté en manos de quienes les profesen verdadero cariño y los traten con ternura al asearlos, vestirlos, acompañarlos.

Esta necesidad primera de sentirnos acogidos está enraizada en nuestro origen: venimos del encuentro amoroso de nuestros padres y estamos llamados a crear nuevas formas de encuentro. Tal llamada genera nuestra vocación básica como personas y nuestra misión en la vida. Cuando mis opciones fundamentales, mis hábitos y mis actos se orientan hacia el cumplimiento de esta misión y esta vocación, la marcha de mi existencia se realiza en el sentido adecuado, en la dirección justa. En la misma medida, tiene sentido. Vemos una vez más que sentido equivale a una orientación adecuada.

3. El sentido de nuestra vida pende del ideal de la unidad.

Nuestra vida, de por sí, está orientada a la unidad con las demás personas a través del encuentro, bien sabido que encontrarse no se reduce a estar cerca o a tratarse de forma superficial. Podemos vivir juntos durante años y no encontramos de verdad ni una sola vez. El encuentro verdadero exige voluntad de ayudarnos mutuamente, enriquecer nuestra personalidad, comprendernos, participar de la vida del otro, compartir sus problemas y su gozos. Cuando creamos una relación auténtica de encuentro entre tú y yo, dejamos de estar el uno fuera del otro; configuramos un modo de unión estable, valioso y comprometido, en el cual tus problemas son mis problemas, tus triunfos son mis triunfos.

Al elegir en cada momento, no lo que más me apetece, sino lo que mejor nos lleva a realizar el ideal de la unidad a través del encuentro, ganamos la verdadera libertad, la libertad creativa y nos hacemos responsables y creativos. Por eso, si quiero colmar mi vida de sentido no debo estar a la espera de que la vida me dé algo; he de averiguar a quién puede servir. Figurémonos que alguien necesita algo de mí, y no dudo en concedérselo. Este gesto generoso llena mi vida de sentido, pues la orienta hacia el verdadero ideal, le permite crear una relación benevolente, la pone en verdad, al hacer posible el encuentro. A la inversa, si sólo se

preocupa de lo que puedan reportarle los seres del entorno, tiende a reducirlos a medios para sus fines, con lo cual los rebaja a condición de objetos y hace inviable su propia actividad creativa, la capacidad sobre todo de crear encuentros. En consecuencia, vacía su vida de sentido, pues no funda encuentros ni crea nuevos ámbitos de vida; se reduce a manipular a las personas, como si fueran objetos. Sitúa su vida en un plano inferior al debido, se aleja de la orientación que debe seguir, agosta su capacidad creadora. Así, el que confunde el amor personal –comprometido con la tarea de crear verdadera amistad- con el mero erotismo –que se limita a movilizar el instinto- corre el peligro de reducir a la otra persona a fuente de gratificaciones. Esta vida de relación interesada puede tener un significado intenso, incluso conmovedor, pero carece de sentido, pues no crea relaciones personales valiosas; se limita a manejar realidades gratificantes. Esta falta de autenticidad y ajuste a las condiciones del propio ser personal se traduce en una mengua de sentido.

Cuando me dejo llevar por la seducción de lo agradable, que me arrastra, y desoigo la llamada de los valores superiores, que me atraen respetando mi libertad, oriento mi vida en una dirección falsa, la despojo de sentido.

4. ¿Tiene sentido nuestra vida?

Formulada así, de modo general, esta pregunta no tiene una respuesta convincente. El sentido brota merced a la actividad creativa, y los seres humanos sólo podemos ser creativos en situaciones concretas. Alguien sufre un accidente, y tú te revelas al ver su mutilación. Tu irritación te lleva a pensar que la vida carece de sentido. No pierdas el tiempo en hacer consideraciones generales sobre la vida. Ponte a ayudar a ese ser menesteroso, y verás cómo tu vida se llena de sentido hasta los bordes. En el encuentro personal auténtico, el sentido se hace palpable, denso sugerente, reconfortante.

Para captar el sentido, más allá del significado, debemos ampliar nuestro horizonte vital: los criterios de interpretación de la

vida, las pautas de conducta, las perspectivas desde las que podemos contemplar nuestra existencia y sus avatares. Un torero se quedó paralizado por un accidente, y, al verse incapaz de ejercer su carrera, se quitó la vida. No supo el infortunado ver su vida futura desde una perspectiva distinta a la anterior. No acertó a ensanchar su horizonte de creatividad, que no limitaba al ejercicio del arte del toreo, sino que pudo haber adoptado otras formas no menos dignas y fértiles. De haberlo hecho, su vida no le hubiera parecido absurda, indigna de ser vivida, sino desbordante de otras posibilidades. Con un poco de imaginación creadora podía haber esbozado otras líneas de acción, sobre la base de sus capacidades actuales, y dar lugar a multitud de encuentros de diverso orden.

He conocido dos casos de reacción opuesta ante la desgracia de perder la vista. En un caso, el paciente, ya mayor, se fue encerrando en sí mismo a medida que dejaba de ver el entorno. Se entregó a la tristeza en tal forma que prácticamente se negó a vivir. Pereció en poco tiempo. El segundo caso fue protagonizado por una persona de mediana edad. En dos días aciagos pasó de la luz a las tinieblas. Tras unas semanas de intensa conmoción interior, pensó que su vida no podía ser destruida por esa terrible pérdida, y se consagró a ayudar a quienes ahora conocía por dentro. Al cabo de dos años ya tenía en marcha dos asociaciones de invidentes, diversos grupos de trabajo, proyectos de todo orden. "Nunca como ahora –confesó en una entrevista radiofónica- he sido tan creativo, pues antes desarrollaba mi vida profesional para conseguir bienes individuales; ahora consagro todas mis fuerzas a aliviar la suerte de mis compañeros de infortunio."

Cuando se sintió abatido por el drama de la sordera, Beethoven recomendó a su hermano Carlos, en su testamento de Heiligenstadt, que no dejase de practicar la virtud, pues gracias a ella –y al amor de su arte musical- había superado la tentación de recurrir al suicidio. Por virtud entendía Beethoven la defensa de la libertad de los demás, la entrega al servicio del necesitado (véase su ópera *Fidelio*), la fidelidad a las raíces últimas del ser – que radican en "el Padre amoroso" que rigen el universo "tras la carpa de las estrellas", como escribe Friedrich Schiller en su Oda a la

4

alegría, inmortalizada en la novena sinfonía beethoveniana. En definitiva, actitud virtuosa es la actitud solidaria en todos los vértices de la vida. Esta actitud acogedora suscita el profundo gozo que nos eleva a cimas inigualadas en el último tiempo de dicha sinfonía.

Según Henri Bergson, la alegría "anuncia siempre que la vida ha triunfado, que ha ganado terreno, que ha reportado una victoria; toda gran alegría tiene un acento triunfal" No hay triunfo mayor que crear formas elevadas de unidad, porque en ellas reside el sentido más hondo de la vida.

5. El logro de la forma suprema de sentido

Si una persona amplía su horizonte humano en dirección al Ser Infinito, confiere un rango nuevo y superior al sentido de vida. Esta experiencia excepcional de sentido la realizamos cuando respondemos activamente a la palabra revelada, que nos trae un mensaje de riqueza sobrehumana y fundamos una relación de encuentro con el Creador. Esta relación es la más enriquecedora para nosotros, pues ya sabemos que el encuentro es tanto más fecundo cuando más elevadas son las realidades que lo fundan. El que haya vivido, al menos una vez en la vida, esta experiencia enriquecida con ese horizonte de sentido, verá su existencia enriquecida con este horizonte de sentido, que lo invitará a superar toda realización precaria de sí mismo y a desarrollar plenamente su vocación y su misión.

Ese horizonte supremo viene dado por la fe religiosa, entendida radicalmente no sólo como frío asentimiento intelectual a ciertos dogmas, sino como la adhesión personal al Ser Supremo, que la religión cristiana define como Padre y como Amor (1 Jn. 4,16). El encuentro con el Ser absolutamente perfecto eleva al hombre a lo mejor de Sí mismo, al máximo despliegue sus aspiraciones más nobles, y le produce sentimientos de entusiasmo y felicidad plena. Con razón afirma S. Kierkegaard, en su obra programática la enfermedad mortal, que el antídoto de la desesperación es la fe. La fe no se reduce a una adhesión intelectual; implica entrega personal,

5

vinculación, amor. La desesperación es una forma suprema de amargura, que responde al vacío existencial provocado por el encapsulamiento egoísta en sí mismo y la ruptura de todo vínculo amoroso.

La fe, vinculada a la confianza y la fidelidad, esta en la base del proceso creador de encuentro que suelo denominar "éxtasis". La desesperación es la fase del proceso de "vértigo" que precede a la destrucción de la propia personalidad.

Responder activamente a toda invitación al encuentro – invitación que supone un gran valor, porque hace posible la realización del ideal de la unidad – es condición ineludible para conferir sentido pleno a la vida, a la propia e incluso a la de otras personas, que están llamadas a dejar de sernos extrañas y convertirse en íntimas. Ese paso se da en la experiencia de participación. Al participar, el hombre se trasciende a sí mismo y descubre que "lo más profundo que hay en mí no procede de mí" (G. Marcel). El hombre alcanza su sentido cabal, su plenitud humana, cuando orienta su vida en el sentido (es decir, la dirección) que marcan las condiciones de la actividad participativa. Aprender a participar, en el pleno sentido de la palabra, es la meta de toda formación humana auténtica.

6. Modo de superar el vacío existencial

Un día de otoño de 1958, el gran científico y humanista Werner Heiseberg nos contó la siguiente anécdota en el aula magna de la universidad de Munich. El 6 de agosto de 1945, él y otros físicos atómicos, confinados en un campo de concentración inglés, se enteraron de que una "bomba atómica" acababa de destruir un bella ciudad japonesa. Pensaron que se trataba de una bomba de gran potencia, pero no propiamente atómica, pues había transcurrido muy poco tiempo desde la invención de la fisión del átomo de uranio. Horas después salieron de su error al oír una descripción técnica de tal artefacto. A partir de ese momento, Otto Hahn, el físico inventor de

la fisión del átomo de uranio – último eslabón teórico para la invención de una bomba basada en las fuerzas del átomo-, entró en una profunda depresión.

“Acabo de ver – confesó a sus colegas que mi vida entera carece de sentido. Yo Investigué por puro amor a la verdad, por descubrir el secreto de las cosas, y ese saber ha sido traducido, muy a mi pesar, en un poder aniquilador”.

Esta desilusión fue la experiencia de varias generaciones, de toda una época, no de una sola persona. Durante la Edad Moderna se había dado por supuesto que el aumento de saber se traduce automáticamente en aumento de poder, de dominio de la realidad, de producción de artefactos de todo orden, de comodidad y bienestar, de felicidad para un número cada vez mayor de personas y grupos sociales. Se pensaba que el progreso es lineal e interrumpido. Todo tipo de investigación que aumente el saber del hombre y su dominio sobre la naturaleza constituye, ciertamente, un avance de la humanidad, un progreso. En la misma medida supone un acontecimiento lleno de sentido y un beneficio para el género humano. El investigador se agota al realizar sus especulaciones y experimentos, pero sabe que es un benefactor del género humano, y de esta convicción brota una energía inagotable.

Pero justo cuando el saber se hizo muy elevado y dio lugar a un poderío técnico asombroso sobrevino la hecatombe de la primera guerra mundial (1914 – 1918). En los años siguientes se alzó en toda Europa un clamor entre los intelectuales pidiendo un cambio en el estilo de pensar, un giro espiritual, una verdadera conversión. Una reflexión sería sobre el origen y las motivaciones radicales del conflicto bélico llevó a la conclusión de que algo fundamental había fallado en los planteamientos de la Edad Moderna. Se habían tomado como ideal el aumento del saber y el poder, con vistas a incrementar el dominio de la realidad material y el predominio sobre personas y pueblos. Se intentó crear una cultura del dominio y del predominio con un espíritu básicamente egoísta. Ante el paisaje devastador de la posguerra, pensadores individuales y corrientes enteras de pensamiento postularon un cambio de ideal: del ideal egoísta de poder debía pasarse a un ideal de colaboración y ayuda.

Tal cambio se produjo en grupos aislados, pero no en el conjunto de la sociedad. Y sobrevino la segunda catástrofe mundial. Pensadores insignes volvieron a levantar la voz para indicar que resulta vano buscar las causas en personas y grupos concretos. Es la actitud general de la humanidad la que se ha mostrado fallida. Karl Jaspers, Martín Heidegger, Gabriel Marcel, todos los pensadores dialógicos o personalistas, los fenomenólogos y tantos otros postularon el ascenso a una “vida auténtica”, una vida marcada por el afán creativo, no por la obsesión dominadora. Al recibir el Premio Erasmo al mejor humanista europeo, Romano Guardini afirmó que Europa ha creado durante siglos una deslumbrante cultura del dominio, y su tarea futura debe consistir en configurar una cultura de la solidaridad y el servicio. De no hacerlo, perderá una ocasión histórica para conceder a su actividad un auténtico sentido.

La amarga experiencia de los últimos tiempos nos ha llevado a pensar que el verdadero progreso humano no depende solamente de los avances científicos y técnicos. Estos encierran gran importancia y albergan una potencialidad inmensa en orden a solucionar diversos problemas. Pero su aplicación es, como todo lo humano, ambivalente. Necesita ser orientada por una concepción muy sólida del ser humano, que determine lo que es, la meta que ha de perseguir, las leyes a que debe someter su conducta si quiere que su desarrollo personal sea perfecto..

Esta concepción del hombre ha de ser configurada por diversas disciplinas: las científicas y las humanísticas. Todas ellas deben trabajar en pie de igualdad bien conscientes de que ninguna puede arrogarse el privilegio de poseer el único método válido de acceso a lo real. Durante siglos se tendió a pensar que sólo el método científico es riguroso, por ser verificable. Poco a poco se fue descubriendo que otros métodos de conocimiento pueden y deben ser también rigurosos y válidos si cumplen las exigencias que les plantean los tipos de realidad que se proponen conocer. La vertiente de la realidad que desea conocer el método filosófico es distinta de la que investiga la ciencia y no se revela al método científico sino a un

6

método diferente, que presenta asimismo gran complejidad y dificultad.

De día en día se acrecienta la conciencia de que es necesario plantear los problemas con amplitud de espíritu y una implacable voluntad de ir al fondo de las cosas. Para orientarnos debidamente necesitamos una concepción extremadamente cuidadosa de lo que es la vida humana y, en general, toda la realidad. Mas aquí tropezamos con una dificultad no pequeña. En los últimos tiempos, las ideologías han fracasado estrepitosamente. Y este fracaso parece arrojar una aura de descrito sobre todo lo que se presente con aureola de "weltanschauung", de concepción general de la vida y la realidad. A la vista del declive de las ideologías, ciertos autores se creen autorizados a pronosticar el imperio absoluto de las formas de conocimiento que resisten un control científico y se traduce en poderíos técnicos.

Esta conclusión es precipitada y peligrosa. Si han fracasado las ideologías ello se debe a que han sido fruto más bien de adhesiones sentimentales e interesadas que de un análisis severamente racional, metódicamente impecable. Frente a las ideologías entendidas del modo restringido que es usual hoy en sociología, debemos esforzarnos en configurar concepciones del mundo que respondan a un estudio serio y competente de la realidad.

Estas concepciones tienen un gran componente subjetivo. Es el sujeto humano quien las elabora, y lo hace poniendo en juego todo su ser: inteligencia, su voluntad, su sentimiento.. Pero ello no significa que se deje llevar por el mero sentimentalismo. La vibración sentimental es la reacción del hombre frente a lo valioso. Siempre es la realidad la que manda, no el propio arbitrio. En arte, en ética, en religión... no se puede conocer una realidad con frialdad con que se determinan las dimensiones de una mesa o se investiga la composición de un metal. Ese tipo de conocimiento brota en encuentro, y todo encuentro implica compromiso personal y, por tanto, sentimiento. Pero esta carga sentimental no se opone al rigor del conocimiento; lo hace posible.

Es urgente aprender a pensar con todo rigor en los diferentes ámbitos de la vida. Y ello requiere un aprendizaje lento y bien dirigido. Es todo un arte que debemos aprender. Pero en las escuelas apenas se enseña sistemáticamente dicho arte. Se estudia una disciplina y otra, se hace con mayor o menor aplicación y talento, pero no se dedica un tiempo especial a acostumbrarse el ánimo a los diferentes métodos de conocimiento que hemos de conocer a fondo para que nuestra formación sea completa y nuestra vida disponga de las pautas de orientación necesarias para un cabal desarrollo de nuestra potencialidades.

Debemos superar, como algo pasado, todo empeño de considerar la disciplina que cultivamos como la modélica, la única válida. Lo decisivo es colaborar, abrir todos los campos posibles e integrarlos. La vida del hombre es compleja y es una, forma una estructura; no admite desgarramientos.

Poco antes de morir, el gran científico y humanista Albert Einstein nos hizo esta grave admonición: "La fuerza desencadenada del átomo lo ha transformado todo, excepto nuestra forma de pensar. Por eso nos encaminamos hacia una catástrofe sin igual". La forma de pensar que debiéramos haber cambiado para evitar ese riesgo es sin duda la reduccionista, según la cual el único modo de conocimiento auténtico es el científico, atenido a la vertiente cuantificable de la realidad. Frente a esta posición unilateral, debemos reconocer que existen otras vertientes de la realidad, y para acceder a ellas hemos de movillar las formas de conocer adecuadas a las mismas: el

XV. La felicidad como proyecto

ista
con
de

[04].

ciones: saber qué aptitudes y limitaciones personales nos definen, para lo cual se requiere un serio esfuerzo si queremos realizarnos personalmente. Asimismo, hay que combatir dos peligros:

1. La *dispersión*, es decir, la falta de profundidad en los asuntos debido a los deseos excesivos en querer llevar todo a cabo y sentirnos, en consecuencia, desbordados.
2. El *compromiso* constante por las cosas que nos rodean o las personas, para ello deberemos aprender a hacer uso de la negativa y comprometernos con aquello de lo que estamos seguros poder llevar adelante.

Para la ejecución de dicho proyecto son necesarias las siguientes condiciones: a) el orden; b) la constancia; c) la voluntad.

El *orden* es jerarquía, disciplina, saber que unas cosas son prioritarias a otras y que es necesaria una cierta programación, y produce paz y serenidad.

La *constancia* es empeño, incidencia, no ceder terreno, no darse por vencido, perseverar... Así, los propósitos se van haciendo férreos, firmes, sólidos, pétreos. Hay que ser obstinados con nuestro proyecto personal, es la única manera de que salga adelante.

La *voluntad* es la capacidad psicológica que llega a ser algo anticipando consecuencias. Es decir, que la voluntad se educa a base de ejercicios repetidos de entrenamiento, a través de los cuales uno busca lo mejor, aunque le cueste; siempre existen en este trasfondo unas notas marcadamente ascéticas. El hombre con voluntad suele llegar más lejos

Rojas, Enrique (2002) *El hombre Light, una vida sin valores*. México: Editorial Planeta.

torio, capaz de llenar y que sea el elemento complementario de la existencia, el texto biográfico. La vida es argumental y el proyecto es su contenido. A continuación veremos cuáles son sus principales características.

El proyecto debe ser personal, y como protagonista del mismo, su arquitectura la elaboro yo según mis preferencias. No hay que perder de vista a la hora de practicarlo la vieja distinción del pensamiento medieval entre *desear* y *querer*:

1. *Desear* se mueve en el plano de lo sentimental, prospera en el terreno emocional. Uno puede desear esto o aquello, pero sin más.

2. *Querer* es un acto de voluntad, traduce un empeño, un tesón, una lucha constante por el objetivo.

Esto responde a unas aspiraciones particulares que constituirán el texto de la vida propia, y que dan sentido a la trayectoria de cada uno. La idea de sentido aquí adquiere tres connotaciones:

1. *Contenido* o tejido sustancial del programa.
2. *Dirección*, que es el aspecto vectorial de la travesía personal.
3. *Unidad* o estructura compacta donde quedarán integrados armónicamente una serie de elementos.

Es necesario conocer bien el contexto y las coordenadas de la realidad en que nos desenvolvemos para que nuestro proyecto personal se realice, lo cual comporta dos condi-

Por el amor tiene sentido la vida. El ser humano no puede vivir sin un amor en el corazón: es animal *amororum*, y ahí reside lo más genuino de su condición.

El *amor* es tendencia, inclinación hacia la persona amada, impulso que lo arrastra hacia ella buscándola. Dice el conde Danilo a la viuda alegre cuando acepta su amor: «Toco el cielo cuando estás junto a mí.» En una palabra, amor es sentirse arrebatado y percibir un incendio que ayuda a mover los proyectos personales, y también esto es válido para lo divino, puesto que Dios debe ser alguien personal.

Ya que nos pasamos la vida trabajando, concluimos que el amor por el trabajo bien hecho nos hace saborear la felicidad; amor y trabajo conjugan el verbo ser feliz.

Con respecto a la *cultura*, su aspiración fundamental es la libertad; sirve para aprender la realidad, vivir en ella y saber a qué atenerse. Por otro lado, ayuda al hombre a que su vida sea más humana y le revele sus posibilidades. Es un factor que bien entendido hace reconciliables progreso técnico y progreso humano.

Por último, la *felicidad* es comparable a un rompecabezas o un *puzzle*, en el que siempre falta alguna ficha, o también a una manta pequeña, que siempre deja al descubierto alguna parte del cuerpo. Por eso, antes que nada consiste en ilusión, ésa es su nota prospectiva; vivir hacia adelante, pensando en el mañana, con objetivos claros y concretos.

La vida es como un libro en blanco en el que vamos escribiendo nuestra conducta, y en él se registran alegrías y tristezas, aciertos y errores; pero la ruta de la felicidad pasa por el esfuerzo y la renuncia, porque todo lo grande del hombre es fruto de la renuncia.

que el inteligente porque es dueño de sí mismo, pero no hay que olvidar que tener una voluntad constante no es fácil, requiere aprender a negarse ante lo inmediato, buscando lo que está por llegar.

El que tiene voluntad es verdaderamente libre, consigue lo que se propone.

Por consiguiente, debo estar preparado para cualquier tipo de eventualidades que puedan sobrevenirle a mi proyecto, debido a que la vida tiene siempre recodos imprevisibles y azarosos; está tejida de hilos que se enlazan y se entrelazan, por lo que *la necesidad*, antes o después, de *restaurar el proyecto* es inminente: cambiando, puliendo y perfilando sus aristas.

TETRALOGÍA DE LA FELICIDAD

En alguna ocasión he comentado la tetralogía de la felicidad que yo propongo: encontrarse a sí mismo, vivir de amor, trabajar con sentido y poseer cultura como apoyo. Si además de tener un proyecto por el que luchar tenemos estas tres características, seremos felices.

Por eso, a medida que pasan los años tengo más elementos de juicio para analizar cómo va mi vida y al hacerlo extraigo de él *haber* y *debe*. Me examino, y cada etapa del viaje me ofrece una totalidad interna: alegría, tristeza, decepción, abandono de las metas propuestas, etc., sin olvidar que todo análisis de la vida personal es siempre doloroso porque, a través de él, cada segmento del trayecto recorrido rinde cuentas de su viaje.

por ejemplo, la Unión Soviética, donde actualmente se abren tantas posibilidades nuevas después de setenta años de totalitarismo, que pensar en la felicidad es más fácil.

Es fácil deducir de todo lo que hemos dicho que el hombre actual busca tanto la libertad como la felicidad, pero hay diferencias y rasgos entre ambas que cada uno debe descubrir. Para eso es necesario que no decaiga el esfuerzo por alcanzar la meta propuesta, y que en el camino aspiremos a los valores eternos, aquellos que no pasan con los siglos: la paz; la armonía con los demás; el encuentro profundo con el otro; la educación para la libertad y la convivencia; la búsqueda de la trascendencia; y promover el amor auténtico.

Si *la felicidad es un resultado*, la vida es un medio para conseguir exteriorizar lo mejor, lo más humano que llevamos dentro, sin olvidar que para alcanzar esa paz interior son inevitables las contradicciones, los reveses y los sufrimientos en sus formas más diversas. Así, poco a poco, nuestra personalidad se va definiendo hasta llegar a su homogénea fisonomía. La felicidad es la experiencia subjetiva de encontrarse bien consigo mismo, contento de su vida hasta ese momento. Su nota esencial es de alegría, de júbilo, de satisfacción.

EL CAMINO DE LA FELICIDAD: CONJUNTO DE PEQUEÑAS ILUSIONES

La felicidad es la máxima aspiración del hombre, hacia la que apuntan todos los vectores de su conducta, pero si queremos conseguirla, debemos buscarla. Además, la felicidad

no supone un hallazgo al final de la existencia, sino a través de su recorrido; es más una forma de viajar que un estado definitivo. Por supuesto, debemos conocer bien sus límites, ya que la felicidad absoluta no existe, es una utopía inalcanzable, ante la que queda saborear y disfrutar de los buenos momentos y tener proyección de futuro. Es algo esporádico, que a veces se nos presenta inexplicablemente y parece demasiado rápido en nuestra caleidoscópica vida. Aunque todo esto parezca una sucesión de contraposiciones, también sucede con otros aspectos vitales que no son la felicidad. Por eso, debemos saber cuáles son nuestros objetivos y hacia dónde queremos dirigirlos, si queremos ser más felices. Asimismo, debemos saber combatir dos peligros:

1. El interno, para el que es clave no darse por vencido en esa lucha personal y a la vez mantener un esfuerzo por ser coherentes.

2. Pero también el enemigo *está fuera*: los avatares de la vida, las mil formas que la desordenan y convierten su rumbo en zigzagueante.

El camino de la felicidad debe construirse y hacerse de pequeñas ilusiones, hilvanadas por un argumento que le da solidez. De ellas, unas habrán salido y otras, no. El hombre feliz sabe ver en ese resultado lo positivo de su experiencia existencial. Porque *la felicidad consiste en una mezcla de alegrías y tristezas, de luces y sombras, pero dotadas de amor*¹.

¹ Se habla mucho de *amores* y de uniones sentimentales, pero poco de *amor*. Entre unos y otros las diferencias son abismales. El amor auténtico tiene poco que ver con una especie de gelatina emocional o de mer-

La felicidad no se da en el superhombre, sino en el hombre verdadero.

EL HOMBRE FELIZ TIENE PAZ CONSIGO MISMO

Decía el Derecho Romano que eran tres las claves para llevar una existencia positiva: «*honesta vivere, alterum non laedere et suum quique tribuere*», es decir: vivir honestamente, no dañar a nadie y dar a cada uno lo suyo. Según lo cual quedarían definidos los tipos de felicidad.

1. *Felicidad del hombre apolíneo*, fundamentada en el orden y el equilibrio.

2. *Felicidad dionisiaca*, la del que busca sensaciones nuevas, movimiento, actividad, y la del que otea por el entorno para ver qué halla y al mismo tiempo explorarse a sí mismo.

Entre estos dos tipos de hombres y felicidad hay muchas concepciones y formas de entender este tema, porque el cauce de nuestra vida se abre paso con nuestra conducta y se cierra con las distintas etapas de su trayectoria. Necesita a la vez forma y contenido, y de esa simbiosis emerge cada manera de ser feliz, para lo que es preciso unidad; homogeneidad entre lo que el hombre desea ser y lo que quiere hacer con su vida de acuerdo con un programa previo.

Por otra parte, si no hay libertad con minúscula en nuestro medio o contexto social, cualquier diseño que se haga puede venirse abajo por la imposición autoritaria del medio,

SIN UN NORTE MORAL LA LUCHA
POR LA LIBERTAD CAE EN EL VACÍO

Ahora podemos afirmar que sin unos criterios morales objetivos, *la lucha por la libertad no tiene sentido*. Los grandes logros democráticos en muchos países no servirían de nada, y la moral, individual y subjetiva, se reduciría a un *tratado de urbanidad light*, inspirada de algún modo en el *pensamiento débil* preconizado por Gianni Vattimo. Por tanto, pasamos del humanismo espeso del existencialismo (Jaspers, J.-P. Sartre, A. Camus, Heidegger, Gabriel Marcel, Edith Stein, Unamuno) al conformismo de la apariencia en la educación, corrección y respeto, lo que denominamos *ética*.

El progreso material por sí mismo nunca puede colmar las aspiraciones del hombre, ni dar la felicidad cuando constituye el eje vertebral de una vida. En consecuencia, en el hombre occidental de la sociedad del bienestar, la tentación de la opulencia conduce gradualmente al individualismo y, por ende, a la difusión de falsos esquemas, que llamamos valores: éxito, dinero, poder, avidez de sensaciones, curiosidad por todo sin pretensiones de mejora... En fin, una *nueva decadencia*, una fabulosa mentira que descubrimos demasiado tarde o en los momentos estelares, cuando una desgracia nos llega de improviso. Esas *suspensiones de la cotidianidad*, cuando la prisa se detiene y uno encuentra realmente lo que debe ser la vida, esa espontaneidad, efímera, pero decisiva, puede ser uno de los puntos de arranque del *hombre light* para rectificar, para dejar esa existencia pobre y ridícula, conformista y banal, y una vida sin felicidad auténtica.

¿Qué es lo que desea el hombre *light*? Ya me he referido a ello en capítulos anteriores: es necesario que él mismo diseñe su religión, una moral a la carta, en la que escoja unas cosas, es decir, las que le convengan en ese momento, y rechace otras. Por supuesto, lo anterior le ayudará a llegar al *agnosticismo* por un lado, y a la *indiferencia* por otro. El objetivo de su conducta empieza y termina en él, en sus planes, sus metas y sus proyectos, alejado de los demás y de los intereses comunes, pero nunca lo confiesa. Porque, eso sí, a la hora de delimitar su conducta, la persona *light* cuida mucho la apariencia humanística, pero como decía don Quijote: «Cada uno es hijo de sus obras.»

La liberación no genera por sí misma libertad, sino que dependerá de su contenido y su programa: pero ahí radica la línea hacia donde apunta. Por ejemplo, en la historia han existido hombres que han sufrido terribles coacciones y que, ante esas circunstancias insoslayables, han manifestado su ansia de libertad y de alguna manera la han conseguido². *El hombre está llamado a la libertad*, cuyos fines son la *verdad* y el *amor*. Muchas idolatrías actuales elevan formas de liberación que no son más que estilos de vida que arruinan al individuo y a la sociedad; para ello no hay más que pen-

² Pensemos tan sólo en los regímenes comunistas vigentes hasta hace un par de años. Los ejemplos de Soljenitsin, Sajarov, Armando Valladares, Mindzensky y tantos otros nos ponen de manifiesto esta idea. Ahora empiezan a conocerse vidas trazadas sobre la lucha contra la opresión. Por tanto, deducimos que una liberación que no tiene en cuenta la libertad personal de quienes combaten por ella, está abocada al fracaso.

sar en los nacionalismos radicales³, la violencia, el terrorismo en aras de la libertad y de la justicia, la pornografía, la comercialización y la manipulación de la vida humana, etc. El hombre se convierte en esclavo al idolatrar personajes e ideas insustanciales que la masa mitifica. Por tanto, *su aspiración a lo infinito* se derrumba, al apostar por cosas que no merecen la pena. Le decía Sócrates a su amigo Hipócrates: «Un sabio es un comerciante que vende géneros eternos de los que se nutre el alma.» Cuando el corazón corre vertiginoso hacia esos ídolos de barro que pronto se resquebrajan, su final lo hace insatisfecho, pretendiendo la búsqueda de una felicidad que cada vez es más inalcanzable; porque no se puede encontrar la paz y la verdadera alegría en la propia inmanencia. *La salida para dejar de ser persona light está en el paso de la inmanencia a la trascendencia*, dejar el individualismo y el materialismo.

El *hombre light* no es ni religioso ni ateo, sino que él se ha construido una forma particular de espiritualidad según su perspectiva. Él es quien decide lo que está bien y lo que está mal y *su anhelo de infinito empieza por una satisfacción materialista* (dinero, poder, placeres, distinciones y sitios en los que figurar) y *termina por fabricarse una ética a su medida*. Mientras tanto, trata a los demás como objetos, e instrumentaliza la relación con ellos.

En el mensaje cristiano, *la perfección está en la misericordia*. El amor es siempre un acto de entrega que busca el

³ El nacionalismo es una enfermedad colectiva, contagiosa, infantil, que se manifiesta como fanatismo y que parte de su curación consiste en leer la historia de las naciones y mirar por sobreelevación.

bien del prójimo, su mejor desarrollo. Así, el sentido de la misericordia se completa con el de la justicia, que en los sistemas políticos comunistas, por ejemplo, se ha sacrificado en aras de la libertad. Existe justicia impuesta, muy cercana a la intolerancia y al dogmatismo.

La idolatría material se mueve en la búsqueda desenfrenada de bienes y placeres, unas veces como nivel de vida y otras, de espaldas a la solidaridad con los demás. Muchas de estas doctrinas se oponen al hombre mismo, yendo contra su dignidad. Esta antropología materialista resulta contraria a la edificación de un orden social más amable y justo. Hoy parece que al entronizar el concepto de democracia, todo lo demás es secundario.